EL QUEJIDO

(C U E N T O)

El extraño suceso ocurrió durante un verano de sequía. Las fuentes públicas quedaban mudas. Los arroyos eran arenales y, en algunas hondonadas, ciénagas de agua putrefacta. El abastecimiento urbano se servía con horarios limitadísimos y el agua fluía tristemente, dejando escapar por los abiertos grifos entrecortados gorgoteos, suspiros e hipos producidos por el aire que en los tubos quedaba aprisionado. La sensación de tristeza era tan solo sugestión motivada por la misma penuria del líquido. Si el agua llegaba precedida, seguida o acompañada de fenómenos acústicos, y si semejante concierto se valía de un lenguaje triston para manifestarse, esos ruidos no tenían, en la casa, más transcendencia que el fenómeno en sí, sin llegar nunca a confundirse con ningún ruido animal o humano.

Era una calorosa noche de septiembre. A lo lejos, en la paramera, brillaba un fuego que por su intensidad y extensión más bien parecía de bosque ardiendo que de piornos y rastrojos. También podía ser que los pastores quemasen los resecos e inútiles pastos para abono de los mismos.

La noticia del incendio, observado a última hora del paseo de la tarde, cundía entre las personas de la familia y, unos tras otros, todos habíamos dirigido una mirada de curiosidad y sobresalto antes de reunirnos para la cena. Particularmente los niños se mantenían en agitación, hacían preguntas y proponían hipótesis. El desconocido incendio colocado allá en lo alto, mas cuya altura no determinaba si alejado o cerca, había extendido un velo de intranquilidad sobre la familia.

El fuego no podía adquirir proporciones catastróficas en una región árida y pedregosa, ni tanto menos alcanzar la seguridad de la pequeña población, como así se les había explicado a los niños. Pero el fuego, especialmente de noche, pone una nota de inquietud en el ánimo.

Uno de nosotros tuvo que abandonar el comedor para atender a algo. La bañera, como de costumbre, se hallaba mediada de agua; pues ése era el depósito que usábamos para los menesteres domésticos no culinarios, al haber en la cocina una gran tinaja para sufragar a estos últimos. Por lo demás, en el cuarto de baño no había agua en ningún grifo.

Era yo el que se había ausentando. Tenía que lavar algo antes de que se secara. Mientras me absorbía la atención lo que estaba haciendo y quizá vagamente también la tenía dirigida hacia la visión del lejano fuego, un prolongado y lastimero quejido que concluyó en algo así como un estertor, resonó muy cerca de mí. Inconscientemente miré a mi alrededor, esperando, y no deseando, descubrir en un rincón a la persona que tan tristemente se quejaba. Nadie podía estar allí y, por supuesto, nadie había. Sin embargo, alguien, muy cerca de mí, había emitido ese lamento doloroso. El miedo a lo desconocido de una presencia humana se apoderó de mi corazón durante unos segundos, me detuve y, durante largo rato, o tal me lo pareció, escuché suspenso. No oyendo nada más, volví a mi tarea.

Clarísimo, largo, tan claro y tan tendido que pude seguirlo en todas sus modulaciones, se repitió ese ay de dolor y puede que de muerte. Un ser humano se quejaba con un lamento desgarrador, que era quejido y sollozo de llanto, concluidos por un angustioso gorgoteo.

Aún aguardé, inmóvil, pues no lograba descubrir de donde provenía. Espantoso como si suplicara, resonó por tercera vez, aunque levemente más corto. Tuve tiempo de dirigirme a un sumidero para, de rodillas junto al tubo, poder recoger el último ruido semejante al de una garganta